

LA CERILLA MÁGICA

III CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS BREVES

VARIOS AUTORES



publicatuslibros.com
cinco años en la red



2009. Publicatuslibros.com

Portada diseño: Celeste Ortega (www.cedeceleste.com)

Difusión de la obra: Íttakus



Licencia Creative Commons

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.



Publicatuslibros.com es una iniciativa de:



Íttakus, sociedad para la información, S.L.

C/ Millán de Priego, 41, P 14, 1 N

23004 Jaén-España

Tel.: +34 953 08 76 80

www.ittakus.com



ÍNDICE

PRIMERA FILA	5
KOKOMO	9
LOS LADRONES DE LA LUZ	12
LA MALETA CON PIERNAS	15
EL ARTE DE LA VERDAD	18
EL APRENDIZ DE BRUJO	22
TERCERA DIMENSIÓN	25
EL GRAN TRUCO	28
EL ARCA DEL TIEMPO	31
LA MUJER DEL ESPEJO LLEVABA UN VESTIDO AZUL.....	34

PRIMERA FILA

Victoria Escobar Polo (España)

-Premio Cerilla Mágica 2009-

En un tiempo bastante cercano, tal vez principios del mes de junio, tres siluetas se acercaban muy despacio a un escenario, tentando las suaves butacas de seda hasta llegar a la primera fila. Ya habían apagado las luces y apenas se entreveían en la penumbra los contornos de algunos objetos situados muy cerca de los tres, a la altura misma de sus ojos: a la izquierda, un fulgor negro en sordina, la sombra recortada de un recipiente con agua y un rectángulo color mostaza, éste más iluminado, en la pared del fondo con la finalidad evidente de presidir la escena en algún momento.

Cuando al fin se encendieron los focos y la realidad tomó cuerpo, los tres comprobaron, para su sorpresa, que eran los únicos ocupantes de la primera fila. Lo sorprendente era que el resto del teatro, por lo demás bastante reducido, se había llenado. Sólo esa primera línea estaba vacía.

Antes de que les diera tiempo a comentar en voz muy baja lo extraño de la situación, un hombre vestido totalmente de negro salió al escenario, se situó debajo del haz luminoso de los focos y sus manos, hermosas y delicadas como porcelanas chinas, aparecieron en el rectángulo. La montura de sus gafas doradas jugueteaba con la luz.

A la izquierda de los espectadores, otro hombre, también de negro, tomó asiento delante del imponente piano. El único adorno sobre éste era un florero muy alto con una rosa roja en su interior transparente y una minúscula cámara que seguía el movimiento de las manos del primero para proyectarlo en el rectángulo de la pared.

Las manos de la pantalla sostenían ahora, abierta en abanico, una baraja de cartas. Con extraordinaria maestría y una rapidez pasmosa, aquellos dedos comenzaron a jugar con los naipes, a mostrarlos y ocultarlos con precisión de orfebre, en un baile de filigranas que iba marcando la melodía del piano.

El hombre comenzó a relatar una historia sobre su infancia en Granada, ciudad del embrujo. Supo engarzar la habilidad de las manos en el sutil hilo de la narración, resultando una sola jugada cautivadora, de fuerza hipnótica. Sus dedos viajaban a una velocidad asombrosa por el filo de las cartas, en una caricia de especialista, precisa y fugaz que realzaba la gracia del experto.

En el teatro reinaba un imponente silencio. Cuando menos lo esperábamos, llamó al escenario a uno de nosotros, para invitarlo a continuación a participar de su juego. Sutilmente, el mago lo fue llevando a su terreno haciéndole creer que podría seguir la estela de sus gestos, hasta sorprenderlo con el movimiento final y dejarlo boquiabierto con un último e imposible malabarismo sobre el raso beige del tapete.

Al volver a su butaca, no repuesto aún del golpe de efecto, se sentía como un niño al que hubieran enseñado las maravillas del palacio sin revelarles dónde se guardan, saboreando el deleite de los sentidos sin poder, no obstante, apropiarse de la joya verdadera, del mejor de los secretos, y atesorar para siempre la fuente deliciosa de la magia.

Cuál no sería mi sorpresa al comprobar que el mago se situó delante de mí mientras me miraba fijamente y, alzando su brazo por encima de mi cabeza, me señaló, a la vez que con la mano me apremiaba a acompañarle. Bastante aturdida, me levanté y acudí a su lado al escenario sonriendo con timidez. Tiró suavemente de mi brazo y nos colocamos ambos detrás del piano negro, encima del cual apoyó suavemente el mazo de cartas. La fuerza que emanaba de su concentración y la habilidad de sus manos expertas era tal que me sentí privilegiada por contemplar de cerca aquel prodigio.

Apoyé mis brazos en el piano e intercambiamos una mirada entre cómplice y risueña de mocosos divirtiéndose. Me dejé llevar a su mundo de misteriosas volutas, de juego constante sobre las apariencias, donde la trampa tal vez no es tal y la razón no puede con los sentidos. Me sentía, por encima de todo, especial durante el instante en que se estaba produciendo la maravilla a pocos centímetros de mis ojos, sin ser capaz de desentrañar el mecanismo del engaño, caso de haberlo.

Participé en el juego señalándole varias cartas, por medio de las cuales él desplegó su sabiduría de siglos, su inveterado encanto de mago antiguo, todas las artes –en fin- del más delicioso encantamiento.

Sabedor del influjo que ejercía sobre mí y sobre el resto de espectadores, se recreaba en sus gestos demorándolos tanto que parecía (llámese presunción) que deseaba permanecer a mi lado, que no abandonase aquel escenario y el embrujo se deshiciera como una espiral de humo en el aire.

Al finalizar el número, volví a buscar sus ojos y los encontré sin rehuirme, casi intentando adivinarme por dentro. Esta danza de miradas pasó desapercibida para el público, pues la distancia entre el mago y yo era de apenas unos centímetros y la luz hurtaba el fondo de nuestros ojos a la contemplación de los espectadores.

Lentamente, nos alejamos del piano para ocupar el centro del escenario. El tomó mi mano para dirigirme hasta allí y, a continuación, la besó.

Aún me guardaba una última sorpresa: cuando el público arrancó a aplaudir y a dedicarle bravos puesto en pie, él se acercó al piano dejándome sola en mitad del escenario iluminado, cogió del florero la rosa roja que lo había adornado desde el principio de la actuación y la deslizó en mi mano susurrando: “para esos ojos”. Sólo eso, nada menos que eso. Después, me ayudó a bajar del escenario y todo volvió a ser como de costumbre: predecible, real, mediocre.... Los tres sabíamos ya porqué la gente no quería sentarse en esa fila, que de improviso nos había catapultado de meros espectadores a protagonistas.

Dos o tres días más tarde, envié a su página web un correo de agradecimiento que no contestó. Vi en su lista de actuaciones que para entonces ya estaba de gira por otras ciudades del extranjero y que no volvería hasta muchos meses más tarde.

Puse en agua la rosa esa misma noche, con la idea de tirarla una vez se ajara y me fui a la cama oscilando aún entre esos dos mundos aparentemente incompatibles que el mago me había enseñado: la certeza y la ilusión, la decepción y el deslumbramiento. Soñé despierta o puede que así lo imaginara

en mi sueño, qué importa.

Pasaron los meses. La rosa sigue fresca como el primer día, no me preguntes cómo. A veces, si me viene un arranque de nostalgia y pienso en aquella actuación, miro en el dorso de mi mano un as de corazones grabado en ella que no he logrado borrar hasta ahora. No: por supuesto, no me he hecho un tatuaje. Lo vi al día siguiente, supuse que era una pegatina que él había colocado de alguna forma allí y sonreí por la ocurrencia.

Fui comprendiendo al tiempo que renunciaba a entender: la magia deslumbra y sólo la realidad te deja ciego, eso me diría si estuviera aquí. Quizá ya lo está y no sé verlo....todavía.

KOKOMO

Paul van Scherpenzeel (Holanda)

Nueve noches antes de conocer la verdadera magia, Daniel movió los pies bajo la colcha. Empezaban a calentarse. Los ojos, asomados entre ocho de sus dedos agarrados a la sábana, se le abrieron cuando papá hizo desaparecer la moneda. Primero la paseó entre sus nudillos, apenas un destello dorado que no pudo seguir con la mirada. Luego agitó las manos. De ellas no cayó nada.

–Eres un mago de verdad –dijo Daniel.

–Y aún no has visto nada.

Papá alargó el brazo y apagó la luz sobre la mesilla. A un lado de la lámpara, encontró una linterna. La encendió y se la colocó bajo el rostro, iluminándose la cara desde la barbilla. Sus facciones se llenaron de sombras. Daniel se encogió bajo la colcha y se tapó con ella hasta la frente.

–El gran truco final –continuó él, alargando las vocales, la voz grave–. Ahora soy yo el que va a desaparecer.

Bajo el edredón, apenas sobresalía la coronilla rubia de su hijo.

–Te lo vas a perder –le avisó–, cuando te atrevas a mirar, ya no estaré aquí.

Estaré en Kokomo.

–Ese sitio no existe –respondió desde la oscuridad de su escondite.

–¿Y cómo es que voy a ir en cuanto diga las palabras mágicas?

Papá le concedió unos segundos. Daniel no se asomó.

–Bermiura bajama –exclamó mientras se levantaba de la cama y sustituía el peso de su cuerpo empujando el colchón hacia abajo con ambas manos–. Camon prir imama.

La habitación se quedó en silencio. Daniel escuchó su propia respiración bajo la colcha. Había dejado de sentir el peso de su padre junto a la pierna.

–Pa... ¿papá? –dijo a las sábanas–. Sé que no has desaparecido –sus ojos no eran más que un montón de carne arrugada.

Tampoco esta vez hubo respuesta. Daniel sintió las lágrimas acumularse en el interior de sus párpados, pero se prohibió llorar. Cuando reunió todo el valor que fue capaz, agarró con fuerza el borde de la colcha y comenzó a bajarla. Después abrió los ojos. Papá estaba de pie, al lado de la cama, tapándose la boca para contener la risa, la habitación en penumbra iluminada sólo por la luz de la luna que entraba por la ventana. Al distinguir un brillo húmedo alrededor de los ojos del niño, se sentó de nuevo junto a él.

–Hijo, no tienes que asustarte –agarró el relieve de una de sus piernas y le sacudió–. Kokomo es un buen sitio.

–No has ido a Kokomo –respondió Daniel al tiempo que se sorbía los mocos–, ni has desaparecido. Has estado aquí todo el tiempo.

–Vale, me has pillado –reconoció papá tras un silencio–. Pero dentro de no mucho, conseguiré que el truco funcione. Has visto lo que hago con unas monedas, ¿no? Cuando mejore mi magia, aprenderé a desaparecer. Ya lo verás. Será nuestro secreto. Tuyo y mío nada más. No se lo podrás contar ni a mamá, ¿entendido? –le pinchó la tripa con dos dedos.

–No vas a desaparecer. Sólo eres un mago de monedas.

Papá agarró una de las manos del niño, le hizo extender los dedos con suavidad, y depositó la moneda caliente sobre su palma. Después le cerró la mano y se la besó.

–Tú también serás un mago algún día. Y estaremos juntos en Kokomo.

–Ese sitio no existe –repitió Daniel.

Siete noches antes de conocer la verdadera magia, Daniel seleccionó una carta al azar de entre el abanico de naipes que le ofrecía su padre.

–Ahora cojo tu carta –sus movimientos eran lentos, los dedos siempre extendidos para no dar lugar a sospechas–, la coloco debajo del montón y...

Agitó la baraja dos veces antes de hacer sonar las cartas recorriendo el borde de todas ellas, de un golpe, con el pulgar y el índice. Después extrajo la que estaba encima agarrándola por una esquina y se la mostró a Daniel.

–No puede ser –dijo.

–Claro que puede ser. La magia de mis dedos ha hecho que tu carta viaje desde abajo hasta aquí arriba –hablaba de nuevo haciendo inflexiones exageradas–. Y muy pronto esa magia me permitirá hacer el truco final.

–Ya, desaparecer –apoyó la cabeza en la almohada sin mirar a su padre–. Lo único que te ha desaparecido es el pelo.

–Serás malvado –apretó el cuerpo de su hijo a través del edredón.

Daniel empezó a reír presa de las cosquillas.

Dos noches antes de conocer la verdadera magia, Daniel se incorporó en la cama y le preguntó a su padre cómo era Kokomo.

–No lo sé porque todavía no he estado –con el pulgar, limpió los restos de leche sobre el labio de su hijo–, pero los libros de magia dicen que es un lugar maravilloso, lleno de playas, donde siempre hace buen tiempo. Además hay conejos, flores y palomas,

todo lo que los magos hacen desaparecer en sus chisteras. ¿Quieres que mandemos una moneda a Kokomo?

Daniel asintió. Papá la cogió de la mesilla e hizo su juego de manos. El metal se desvaneció entre sus dedos frente a los ojos del niño. Después del truco, esperó a que se tapara, le apagó la luz y se dirigió a la puerta.

—¿Vas a ir a Kokomo a buscarla? —preguntó Daniel desde la cama.

—Todavía no, hijo —respondió mientras giraba el pomo—, aún no he aprendido a hacerlo. Pero iré pronto —añadió antes de cerrar la puerta. Al otro lado, sacó la moneda desaparecida de su bolsillo. —Iré muy pronto.

La tos que había estado conteniendo estalló ahora y le quemó el pecho.

La noche que Daniel conoció la verdadera magia, su padre le acarició la mejilla con una mano que casi ardía.

—Te quiero —le dijo.

Y Daniel no respondió porque se había quedado dormido mientras papá le observaba para intentar recordar cada detalle de su cara. Lo que despertó al niño horas después fue otra mano, ésta fría, la mano de su madre. Daniel salió de entre las sábanas y corrió por el pasillo hacia la habitación de sus padres. Al asomarse, encontró lo que esperaba. La cama estaba vacía.

—Hijo —los pasos de mamá se acercaron por detrás—, tu padre...

—¡Lo ha conseguido! —gritó—, ¡papá es un mago de verdad! ¡Lo ha conseguido! ¡Se ha ido a Kokomo!

Daniel se lanzó a la cama. No se percató de que estaba más fría de lo que debería. Comenzó a saltar sobre ella con los brazos en alto. Mamá sintió las lágrimas rodar por sus mejillas. Se las secó con el dorso de la mano. Cuando Daniel bajó de la cama y corrió hacia ella celebrando la mágica desaparición de papá, se puso de rodillas para recibirle con un abrazo.

LOS LADRONES DE LA LUZ

Alexandra Semard Castellano (Canadá)

Antes que anochezca, plegó sus párpados de tal manera que se sellaran sus ojos una vez por toda. Pensó que sólo era una pesadilla de esas de las que uno despierta con los sentidos alborotados pero con quietud. Esa quietud infantil que nace cuando la realidad es más dulce que los sueños. Abrió de nuevo los ojos con la esperanza de volver a ver una luz tenue, esa misma que se deslizaba cada mañana por las cortinas hasta acariciar suavemente su rostro. Maldijo su propia ceguera. Inocencia o pecado por haber confiado en la perenidad del cotidiano. Sintió su soplo en su oído como un largo ronquido que la despertó de su pesadilla... ¿Sería Oso? Imposible, su perro amado ya había fallecido hace años cuando aún había luz. Ya habían pasado dos primaveras sin apuestas de sol, cantos de pájaros mañaneros o turistas deambulando por el paseo marítimo. Solo permanecían el frío, el continuo ruido de las olas y la soledad. Unas gotas frías se deslizaron sobre su cara, encalló su dolor y empezó a guiarse a tientas por su cuarto.

Anochece. Al menos eso grita el gallo ruidoso del Reloj mural. Las 8 de la noche en punto. Anochece dentro de Elena. Ya hace mucho que se apagó su última luz, esa última cerilla que aclaraba sus senderos más oscuros. No fué por no escuchar las advertencias de su abuela. De pequeña ella le solía contar la misma historia, la de la luz. Se decía que hace muchos años no existía el día. El mundo vivía sumergido en la oscuridad y sólo se alumbraba con la tenue luz de unas llamadas cerillas mágicas. El fósforo del palillo sólo se prendía en raras circunstancias. Por eso se empezó a hablar de magia, porque la luz de la cerilla se alimentaba de las emociones de aquel que la tenía en su mano. Se decía que un viejo enamorado prendió una de esas cerillas durante días con el solo deseo de cuidar a su pareja en sus últimos suspiros. También se contaba que uno de esos fósforos se prendió segundos antes que un hombre de bien fuera a caer por un precipicio. Se creía que cada uno de nosotros poseía unas cerillas mágicas cuyo combustible era la sabiduría, esperanza y bondad. Elena se burlo mucho de esa creencia así como de muchos mitos relatados por su abuela. Pero quién hubiese pensado que la luz del día desaparecería tan repentinamente como la llamita de una cerilla bajo un soplo de viento.

Así fué ese 31 de octubre. A las 8 de la noche. El mundo se convirtió en una inmensa caverna, densa y negra como la tinta de un calamar. Ese era el reino de Elena desde

entonces. Una noche interminable ritmada por el zumbido de las olas contra las rocas. En una de esas noches tropezó con una cajita ligera. Al abrirla, agarró unos largos palos redondeados a su fin y recordó la historia de las cerillas mágicas de su abuela. Raspó frenéticamente el lado redondo del palo contra la caja, una y otra vez, una y otra vez.... Se rio a carcajadas por su deseo de creer en esa charlatanería moralista con tal de escapar a la fatalidad. Elena era una mujer inteligente e independiente, cuya vida giraba exclusivamente alrededor de su trabajo como ingeniero aeronáutico. Ahí ganó su gusto por la soledad, al encerrarse durante horas investigando proyectos de defensa nacional.

Aún recuerda el apagón. Al principio se habló de un eclipse solar en los medios de comunicación. Pero al no regresar el día durante varios meses, uno tuvo que hacer el duelo de la luz. Mientras tanto, las tasas de criminalidad se dispararon, un nombre incalculable de especies animales y vegetales desaparecieron, nuevas enfermedades brotaron, miles de negocios quebraron y el número de suicidios per cápita alcanzó su máxima histórica. Elena se resignó como la mayor parte de la población y siguió con un semblante de rutina para no caer en la locura. Decidió confinarse en el espacio que mejor conocía, ella misma y fué cortando poco a poco todo lazo con su nostálgico pasado. De él solo subsistían algunos antiguos retratos repartidos minuciosamente por su vivienda y las incontrolables reminiscencias que la acechaban cuando menos se lo esperaba. Nada parecía poder impedir Elena de cumplir con su destino sisifiano. Nada, hasta que ella viniera a ser una cifra más en las estadísticas de las víctimas de criminalidad post apagón.

Una noche en la que Elena acababa de regresar del silencio de su laboratorio al de su apartamento, escuchó el retumbo de pasos alejándose a toda prisa. Se asomó por la ventana pero no pudo ver nada a través de la opacidad de la noche. Ya hacía mucho que las farolas dejaron de funcionar después de las cuatro de la tarde por medidas de ahorro energético. Elena corrió al interruptor eléctrico más cercano y le dió una y otra vez, una y otra vez...Al no funcionar el dispositivo, Elena comprendió la gravedad del asunto. Había sido víctima de los ya famosos ladrones de luz que proliferaban por toda la ciudad desde el apagón. La electricidad se había convertido en el nuevo oro negro y su precio se había disparado tanto que se había convertido en un lujo para miles de hogares. Para evitar todo despilfarro de electricidad se permitía el consumo máximo de un cierto número de kilovatios por persona al año. Los robos eran responsabilidad legal del usuario por lo cual Elena perdió su acceso a la electricidad hasta el año

siguiente.

Rompió en llantos. En su soledad de ermitaña ¿cómo haría para sobrevivir hasta el próximo año sin luz alguna ? Regresaron sus temores de niña, esa ansiedad que nacía en sus entrañas a cada anochecer y ese miedo a que las criaturas más viles de sus cuentos infantiles aprovecharan de la oscuridad para acercarse de ella. La noche siempre le había oído a muerte. Se aferró de nuevo a su racionalidad y cálculos. Contó el número de días que pasaría en la oscuridad y el impacto del robo en sus finanzas personales. No era para tanto. Se fue a la cocina a buscar una caja de fósforos para aclarar sus pensamientos. Recordó que en ese mismo lugar su abuela solía guardar lo que llamaba sus cerillas mágicas. Las agarró todas y se sentó en cuclillas en el suelo los ojos grandes abiertos, así como lo hacía de pequeña cuando escuchaba los miles relatos de su abuela y aun le daba lugar a su imaginación. Pensó en lo que había sido su vida, de sus ambiciones de maga a los cuatro años a los de ingeniero aeronáutico a sus ya cuarenta primaveras. Lamentó haberle denegado el derecho de entrada al amor y la amistad en su existencia por miedo a perder el control. Ya no era dueña de nada ni siquiera de sus propios pensamientos. Admitió su conformismo e indiferencia frente a los miles de hogares que llevaban viviendo sin electricidad desde el apagón. Por primera vez, se murió de ganas de luchar por los demás, de querer y de vivir. En el frío del cuarto, sintió un calor intenso invadir su cuerpo, al realizar el inventario de sus miles de recuerdos e emociones. Ya veía mejor en ella y en los demás. Entendió el sentido del cuento de su abuela. En este mundo tan oscuro, subsistiría una luz de la que ni los ladrones la podrían desposeer : la suya.

LA MALETA CON PIERNAS

Eva San Martín Fernández (España)

La maleta volvió a doblar la esquina en un ejercicio de rebeldía. Davel giró la calle detrás de ella, por enésima vez. Llevaba tanto tiempo persiguiendo aquella valija díscola que si bien no recordaba el modo de frenar sus zapatos había olvidado, además, por qué tanto empeño en alcanzar aquella vieja bolsa de cuero rojo. ¿Por qué la perseguía con tanto empeño? Y lo que aún se le antojaba más importante: ¿qué es lo que había en aquella maleta?

Davel era un payaso de color verde. Traje verde oliva bien ajustado a su cuerpo gordinflón. Bigote en espiral, que acicalaba con cuidado frente al espejo cada mañana, enroscándolo con energía entre los dedos índice y pulgar. Y zapatos verdes, agrietados de tanto correr detrás de aquella maleta. La figura la completaba un sombrero bombín verde de fieltro que ajustaba con certeza a su cabeza en un signo inequívoco de ser un indiscutible presumido, a pesar de su edad. Así, visto desde los ojos de los otros, Davel resultaba básicamente un borrón humano de color verde.

Aquella maleta que ahora seguía con ahínco había sido una adquisición en un antiguo baratillo callejero de los que solía frecuentar en busca de extraños objetos que le ayudaban en los espectáculos de humor con los que se ganaba la vida. De este modo habían llegado a su casa, en un angosto edificio en el centro de la ciudad, percheros cojos, catalejos de piratas y espejos que aún guardaban el reflejo de las damas que algún día se contemplaron en sus cristales. También, todos aquellos pequeños artilugios imposibles de metal a los que era tan aficionado, entre ellos, diminutas ranas saltarinas, tirachinas inservibles que perdieron sus elásticos o usados tapones de botellas con los que construía cascabeles que hacían las delicias de quienes se acercaban cada tarde a la pequeña carpa de circo en la que trabajaba.

Así que, a pesar de las limitaciones habituales de cualquier payaso gordinflón que se precie, podía decirse que la vida sonreía al viejo Davel. Su espectáculo de magia había llegado a colocarse entre los números más deseados por el público que acudía a la carpa. Y aunque con dificultades, las ranas metálicas, percheros sin patas y hasta los tirachinas –que acostumbran a ser objetos de reputación difícil y carácter desobediente– se habían acostumbrado a aparecer y desaparecer entre las telas y sombreros de los que el payaso se valía para sus espectáculos.

Y esto fue así... hasta que apareció la maleta.

–Davel– pensó el payaso una mañana de invierno. –Ya es hora de volver al mercado en busca de un nuevo objeto para tu espectáculo–, se dijo antes de ponerse en marcha. Aquella madrugada era fría en la ciudad. Aún así, el payaso rebuscó con entusiasmo entre los puestos de los vendedores ambulantes durante más de dos horas. Hasta que al fin la vio. La vieja bolsa estaba allí, frente a sus ojos. Sin apartar los guantes de lana de sus ajadas manos, y soltando una bocanada de aire entre los dientes para tratar de calentar sus labios (a estas alturas, casi congelados) pidió al vendedor que le acercara la maleta.

–¿Cuánto pide por ella, buen hombre–, preguntó Davel.

–Son tres euros. Pero podemos llegar a un acuerdo si se lleva también con usted este viejo saca muelas–, le espetó el comerciante. Aunque el acuerdo podría resultar extraño para cualquiera, a Davel no le pareció un mal trato. Imaginando las posibilidades que ofrecía aquel extraño artilugio saliendo de su sombrero, decidió finalmente pagar cuatro euros al hombre a cambio de sus dos nuevas adquisiciones.

–Y cuide bien esta vieja maleta, buen hombre. Usted ya sabe que, como todas las buenas valijas, ésta también lleva muchos kilómetros de viajes a sus espaldas.

–Descuide, la deja usted a buen recaudo–, concluyó Davel a modo de despedida. Sin embargo, de camino a casa, el payaso tuvo una extraña sensación. A medida que avanzaba por la avenida, aquella maleta parecía pesar más y más. A cada paso de Davel sobre sus viejos zapatones verdes aquella valija sumaba un kilo más. Y otro. Hasta que el peso se hizo prácticamente insoportable. Con las manos sudorosas y llena de callos por el esfuerzo, Davel soltó definitivamente aquella bolsa sobre la acera. La maleta cayó como un bloque de piedras, en seco. Sin disimular su extrañeza, el payaso abrió ligeramente la bolsa. Y cual fue su sorpresa al confirmar que la maleta seguía ¡vacía!

–¿Cómo es posible que pese tanto una vieja maleta hueca?–, se preguntó Davel, mientras sacaba de sus bolsillos un par de ruedas de monopatín que cosió a la bolsa para arrastrarla hasta su casa.

Ya era de noche cuando pudo empujar el maletón hasta el interior de su habitación. Sudoroso y extasiado se dispuso a explorar de nuevo aquella maleta. Esta vez la abrió de par en par. Y de las entrañas de la vieja bolsa salieron diarios de viajes, largas carreteras una vez rodadas, ratones, linternas que ayudan a leer en la oscuridad, sueños.... Y sobre todo, kilómetros de viajes que soñaban con ser recorridos. Aquella noche, Davel arrastró su maleta hasta la carpa de circo. Pero fue su último espectáculo de magia en aquel lugar. En el mismo momento en que el viejo payaso se disponía a abrir la valija, rodeado de público y de sus objetos inservibles, la maleta se cerró de golpe y echó a andar. Cuando Davel trató de alcanzarla, la bolsa aceleró su paso. Y así, corrió y corrió más cada vez que Davel aceleraba la marcha para darla alcance.

–La maleta encierra todos los sueños inalcanzables–, pensó entonces Davel. Pero desde que pronunciara aquellas palabras hace ya demasiado tiempo. Tanto que a Davel se le olvidó por qué persigue su vieja maleta.

EL ARTE DE LA VERDAD

Roberto San Martín San Julián (España)

Las luces se apagaron y la lámpara alumbró el centro del escenario. Los más rezagados hacían levantarse a toda la fila para alcanzar sus asientos y algunas toses forzadas manifestaban su impaciencia. Una leve intermitencia cubrió la sala de oscuridad y en esa fracción de segundo un sombrero de copa, como el de cualquier mago, apareció en el centro del haz de luz. Dos guantes blancos entrelazados, con la forma de una paloma batiendo las alas, surgieron desde el interior de la chistera. Y, finalmente, como nacida y gestada entre esas manos que se iban adecuando al mayor tamaño del ave, salió la paloma volando hacia la cúpula central del teatro, levantando el primer clamor de admiración y consiguiente aplauso del público.

Yo, sentado entre las primeras filas, miraba hacia el abovedado techo intentando descubrir el lugar dónde se habría posado la paloma; pero su blanquecino resplandor no se veía por ninguna parte. Ahora, sobre el escenario, las manos se mostraban inocentes, mostrando sus palmas desplegadas a nuestras miradas. Cerrando la derecha, con el dedo índice y pulgar de su gemela empezó a extraer de ella una varita, blanca también, que creció hasta alcanzar una largura considerable. Armada ya, y con un ligero y gracioso movimiento de su muñeca, hizo que la música comenzará a sonar. Ahora nos parecía asistir a un concierto de música clásica. Conforme ésta iba *in crescendo*, los brazos brotaban del interior del subsuelo, como si lo hicieran del mismo infierno. Un golpe seco de timbal puso fin al movimiento y el paso a un sonido más lúgubre. Negros y descarnados, los brazos parecían las patas de una araña que surgía amenazante con el peor de sus venenos. Apoyándose en ellos, la cabeza pudo nacer a la luz; primero hasta la nariz, escrutando con los ojos si había algún peligro; después, hasta que los hombros pudieron abrirse sitio. Un último impulso sobre el tablado del escenario y pudo sacar el resto del cuerpo. Sentado ahora sobre el borde del sombrero parecía estarlo sobre la orilla de un lago, remojando sus piernas en sus frías aguas. Por fin, decidió incorporarse no sin antes recoger el sombrero que, en cuanto se hubo erguido, se colocó sobre la cabeza. La música cesó en ese momento y los espectadores, que hasta entonces, maravillados, ni siquiera habíamos pestañeado, empezamos a aplaudir.

Rígido sobre el escenario, alumbrado cenitalmente, fue el único momento en que me fijé en él. Durante su florecimiento no había reparado en su fino bigote, que no

sobrepasaba la comisura de sus labios, ni en su delgadez, ni en su notable altura y, mucho menos, en su largo pelo que ahora sobresalía de su sombrero. Vestía completamente de negro —chaqueta, pantalones y zapatos—; sólo sus guantes, la varita y la franja de su sombrero eran blancos. Recuerdo que pensé que era una buena forma de mostrar la pureza de su magia, una magia que no necesita de tinieblas para ocultarse.

—¿Qué es la magia? —había esperado, quieto como una estatua y con la mirada perdida a que la ovación terminara para comenzar a hablar— ¿Existe? Es una pregunta que, desde los albores, la humanidad se hace.

Su voz era profunda, de ultratumba, tan poco expresiva como su cara. Hablaba mirando al fondo, a la luz que le concedía un aura espectral. Volvió a juntar las manos y de la nada hizo surgir un pequeño papel que fue desdoblado hasta alcanzar una superficie considerable.

—Ha llegado el momento de resolver esta pregunta —continuó.

Agitó el papel contra el aire y éste recuperó su vigor. Perdió las dobleces que lo debilitaban; era ahora terso, flexible, moldeable.

—Usted —señaló a alguien de la sala y le miró durante algunos segundos antes de preguntarle— ¿Qué es la magia?

—El arte del engaño —contestó socarronamente.

—Engaño —repitió el mago mientras sacudía el pliego lentamente de izquierda a derecha.

La palabra engaño apareció escrita sobre él conforme lo ondeaba, letra a letra, como grabadas a fuego.

—Usted —se dirigió esta vez a una mujer de uno de los palcos— ¿Qué es la magia?

—El arte de lo maravilloso —dijo con la voz temblorosa.

Repitió el movimiento, aunque comenzándolo esta vez con la mano derecha, y la palabra maravilla se fue escribiendo sobre la pantalla a la que no quitábamos ojo.

Pasaron varios segundos en los que nadie se atrevió a romper el silencio que el hechicero parecía reclamar.

—Se mueven, se mueven —gritó alguien en la sala.

Y era así. Las palabras empezaron a cambiar de forma. La `e' tomó la apariencia de una cabeza de serpiente y arrastró al resto de las letras convirtiéndolas en su cola. Maravilla, tras hacerse un ovillo, adquirió la bella forma de una joven y sensual mujer. Sin perder tiempo, la sierpe se acercó reptando sigilosa a ella que, quieta, sólo se mostraba en su perfecto y natural estado. No tardó en engullirla y hacerla desaparecer.

—El engaño siempre oculta lo maravilloso. Usted —se dirigió a mí— ¿qué es la magia?

Dudé. No sabía qué decirle. Pensé en el engaño, en el combate contra lo maravilloso y creí que su mejor rival podía ser su contrario.

—El arte de la verdad —contesté con la voz más segura que pude.

Deslizó de nuevo el papel y la serpiente regresó hasta su posición original y la palabra verdad ocupó el lugar de la mujer. Revolviéndose enseguida en un torbellino, las letras prendieron en una pira. El animal ardió en furia al verla y se lanzó, agresiva esta vez, contra las llamas del fuego; pero no pudo nada contra ellas. Afectada por un chispazo, retrocedió rápidamente.

El mago dejó entonces la escena suspendida sobre el aire y adelantándose a la pantalla extendió una mano ofreciéndosela a la serpiente, que ante la propagación del fuego, se había refugiado en una esquina. El reptil asomó entonces la cabeza y comenzó a reptar por el brazo del hombre enrollándose también a su cuello. Algunas mujeres de las primeras filas se levantaron y se alejaron al ver a la serpiente materializada en realidad.

—He querido salvar al engaño. Es bello —dijo mientras acariciaba delicadamente la cabeza de la serpiente-. Ahora —señaló el papel tras el que volvió a ocultarse- sólo queda en él la magia...la verdadera magia. Es vuestra —gritó mientras empujó

agresivamente el papel con ambas manos.

El papel explotó en mil pedazos que, como sombras, se abalanzaron sobre el público en una bola de fuego. El escenario se había quedado vacío. La multitud se agolpaba sobre las puertas intentando salir. Gritaba horrorizada. Había pánico en las caras. Empujones. Golpeaban el aire como si algo sobrevolara su cabeza. Eran murciélagos, dijeron algunos; otros que eran gigantes, otro que el mismísimo diablo con los ojos inyectados en sangre le había perseguido. Las puertas del teatro se cerraron en cuanto el último espectador salió. Quedaron así durante años. Por miedo a la verdad.

EL APRENDIZ DE BRUJO

Luis Guillermo de Felipe Vila (España)

Por fin, mucho tiempo después, volvieron a encontrarse. Para entonces, a Tachilima le había crecido una espesa barba blanca, sus músculos se habían fortalecido y en sus ojos brillaban la paciencia y la sabiduría. En cambio, Terenak, el terrible brujo, ya no andaba erguido ni su risa sonaba como el trueno.

Casi quinientas lunas habían coronado el cielo raso de la noche, una tras otra, desde el día en que Terenak, el mago cuyo nombre reverenciaban los vientos, desapareciese tras vencer en singular combate a su único rival, el brujo Zerenot. Tras una batalla épica, contaban, Terenak, lleno de heridas, se arrastró por las ruinas del castillo de su enemigo hasta alcanzar la salida, dejando a sus espaldas, en el laboratorio de la torre, el cadáver de Zerenot. Tuvo que pasar tres días oculto en el bosque, arrasado por las fiebres, antes de conseguir llegar a un pueblo y pedir ayuda. Nadie lo reconoció, tan lamentable era su estado.

Luego, cuando llegó a su propio castillo, mandó llamar a un joven escuálido, Tachilima, aprendiz suyo desde hacía un tiempo, y le dijo que tendría que ayudarle. Quería construir un universo en el interior de una esfera de cristal, donde hubiese un planeta, pequeño y tranquilo, al que pensaba retirarse en busca de la paz. Esa esfera quedaría oculta en su laboratorio, y sólo Tachilima sabría de su existencia. Durante su convalecencia, Terenak reflexionó mucho sobre lo que significaba haberse convertido en el más temido y formidable brujo del mundo. Otros vendrían a buscarle, le desafiarían y lucharían con toda su rabia y sus fuerzas, por vencerle y arrebatarle esa gloria. La lucha contra Zerenot había sido una prueba horrible. ¿Estaría dispuesto Terenak a volver a enfrentarse con otro hijo de la magia? No, decidió, desde luego que no.

Así, un mes más tarde, Terenak y Tachilima se encerraron durante siete días y seis noches en el laboratorio, conjurando poderosos hechizos que lanzaban dentro de una esfera de cristal, en la que se producían unas formidables explosiones. Al finalizar el séptimo día, exhausto, Tachilima perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, al día siguiente, se encontraba en su habitación, tendido en la cama. A su lado, había un pequeño trozo de pergamino. Sólo tenía escrita una palabra, con la inconfundible caligrafía ágil de Terenak: *Gracias*.

Para el mundo, Terenak desapareció. Y con él, la magia. Para Tachilima, no. Sabía dónde buscarle. Era una cuestión de tiempo que lo hiciera.

Y el tiempo pasó. Entre el laboratorio y el mundo exterior vivió Tachilima, buscando y comprendiendo, mirando un día tras otro la esfera, codiciándola hasta el aburrimiento. Sabía, porque él había sido uno de los artífices, que un poderoso hechizo la protegía. Sólo aquel en cuyo corazón no habitase el deseo de entrar, podría hacerlo. Tachilima agotó su deseo, y mientras se llenaron sus sienes de canas. En eso ocupó las primeras trescientas lunas.

De paso, sus aventuras en el mundo exterior le dotaron con un físico vigoroso, que Tachilima agradeció, pues no ignoraba qué penurias tendría que soportar para entrar en la esfera. Las siguientes cien lunas, las ocupó en aprender el encantamiento que abriría una puerta entre ese mundo donde se escondía Terenak y el suyo. Con sus pies tendría que dibujar un pentagrama perfecto, primero el círculo y luego la estrella, al tiempo que repetía, con cinco inflexiones diferentes, las palabras del conjuro en los siete idiomas de los arcanos. No podía fallar: el hechizo convocaba fuerzas que, de no abrir la brecha entre los dos mundos, podrían matarle.

Luego, ocupó veinticinco lunas más en aprender los conjuros de ataque y de defensa que había en los libros de Terenak. Cuando terminó de memorizar el último, suspiró con satisfacción. Ya estaba listo.

Dos días después, precedido por un torbellino de luz, apareció en un mundo irreal: al ser tan pequeño, todo sucedía a mucha más velocidad. Antes de darse cuenta, Tachilima fue testigo del paso de todas las estaciones en apenas tres lunas. Vagó durante ese tiempo por su nuevo hogar, buscando a Terenak. Y encontró a unos duendes de color verdoso, con orejas picudas y muy fuertes pese a su escaso tamaño. Vivió con ellos durante mucho tiempo, y por ellos se enfrentó a un temible dragón en un laberinto subterráneo. Ese laberinto era el antiguo reino de los duendes. Tachilima se preguntó qué entenderían por antiguo, pues su mundo tenía poco más de cuarenta años lunares. Los duendes vieron en él a un dios cuando recuperaron su reino perdido. Tachilima les preguntó si no conocían a otra persona de su especie. Y los duendes dijeron que sí. A un extraño anciano, llamado Terenak, que vivía en un palacio de fábula en la luna. Al menos, eso era lo que decían sus leyendas.

Leyenda o no, Tachilima conjuró los poderes que habían viajado con él para que le hicieran flotar hasta la luna. Y al acercarse, lanzado como un globo en dirección al satélite, poco a poco fue creciendo ante sus ojos el palacio más maravilloso que jamás pudiera imaginarse. El palacio de Terenak. El corazón de Tachilima saltaba como loco en su pecho. Por fin, había encontrado a su antiguo maestro.

Fue recibido por un Terenak envejecido, pero feliz de volver a verle. El mago le hizo pasar a una sala donde pudo beber, bañarse en un lago cristalino y descansar. Luego le preguntó por qué había abandonado el universo exterior, por qué había corrido el peligro de convocar los poderes que abrieron el portal. Tachilima le contó su historia, los largos años pasados desde que se vieran por última vez y todo lo que hizo antes de acudir en busca de su antiguo maestro.

—Entonces, has venido a derrotarme.

—Sí, poderoso maestro. Has dejado sin magia nuestro mundo, y sólo yo puedo recuperarla. Ése es mi triste destino, y tendré que cumplirlo.

—No es necesario enfrentarte a mí para eso —el viejo Terenak le alcanzó un pequeño vial—. Aquí está la esencia de la magia, que traje conmigo a este lugar. Fue mi gran premio por derrotar a Zerenot. Ahora sólo tienes que encontrar la manera de regresar.

El viejo Terenak, astuto como un zorro, sabía que eso era imposible. Pero Tachilima, que era de corazón valiente, vació de un trago el vial y, ante su sorprendido y horrorizado maestro, se transformó en magia pura. *Adiós, maestro*, resonó su poderosa voz antes de desaparecer, *vuelvo a casa para fundirme con el mundo*.

Y con las lluvias, a nuestro mundo volvió la magia. Y con la nieve, la magia se filtró en la tierra. Si nacían hojas en primavera, era gracias a la magia. Y si en otoño amarilleaban, también era gracias a la magia... y a la valentía de Tachilima.

TERCERA DIMENSIÓN

María Isabel Reyes Aranda (España)

Recuerdo que el camino serpenteaba y se hacía diminuto, se perdía en el horizonte, era en otra época, en otro tiempo donde el color, el olor y el sabor de las cosas simples navegaban por los sentidos. Jazmín volvía de su larga espera. Todos los días al amanecer, cuando apenas despuntaba el primer rayo de sol, salía por el portón de madera y daba un rodeo para no ser vista entre las callejuelas estrechas, quizás ocultándose de alguna mirada escrutadora. Volvía la vista a tras... pequeñas candilejas de luz tenue casi imperceptibles le devolvían la confianza de dejar tras ella su máscara.

La máscara tenía mil caras y a la vez una sola, confundiéndose entre la realidad y la ficción.

El bosque aparecía de repente en el iris de sus ojos, el sol comenzaba a penetrar entre los árboles, por fin sentía la libertad como una ráfaga de brisa que atravesaba su imagen.

El bosque era su aliado y cómplice, le ofrecía el silencio de las palabras y el murmullo de las hojas. Jazmín olvidaba su casa y hasta su nombre, permanecía así, casi en estado de éxtasis hasta el atardecer. Cuando salía de la espesura arbórea, recobraba la cordura y comenzaba a ser consciente de su existencia. Una vez más la máscara aparecía para transportarla a la realidad de su vida.

Jazmín llevaba unos días taciturna, como ausente, realizaba sus tareas como una marioneta a la que la dan cuerda.

Vivía en casa con su padre y cuidaba de sus hermanos pequeños como si se tratara de su progenitora.

Su madre murió al nacer su hermana de tan solo cinco años.

Jazmín pronto renuncia a la edad que le regala la naturaleza pero su pensamiento camina sin descanso más allá del tic tac del tiempo y sueña despierta.

¿Qué ha podido ocurrirle fuera de esta dimensión?. Hace algún tiempo, conoció a una criatura de aspecto real que la fue conquistando desde dentro, con palabras llenas de forma, casi tangibles.

Apareció en el pueblo una tarde de lluvia, el cabello largo y ondulado de un negro azabache contrastaba con el mar de sus ojos y su piel curtida. Lion, así se hacía llamar aquel ser, rodeado de un halo de magnetismo y misterio, surgido de la nada y sin pasado aparente.

Recuerdo el primer encuentro de Jazmín con el que se convertiría en el mayor depredador de su alma.

Aquella tarde, Jazmín se había acercado a la biblioteca a recoger un libro que llevaba tiempo esperando, después de sus paseos por el bosque su mayor pasión eran los libros. Se adentraba como un laberinto entre las palabras escritas, navegaba entre sus párrafos tan profundamente que su mirada perdía la realidad.

Cuando salía por la puerta de la biblioteca, Jazmín sintió una gran bofetada de aire helado cruzar su cara, el libro cayó al suelo, se agachó para recogerlo pero otros dedos lo hicieron por ella, alzó la mirada y una voz penetrante se adentró en sus sentidos. – Disculpe, aquí tiene. Jazmín no pronunció palabra. Tomó el libro y se perdió por entre callejones.

La primera máscara, la curiosidad se apoderó de sus pensamientos. Aquel personaje misterioso no se alejaba de su mente.

Jazmín abrió la primera página de aquel libro y deslizó su impaciencia por la poesía impresa en letras de color púrpura.

“Una hoja en blanco...
todo el espacio vacío.
Pensamientos inconexos,
escriben huecos de silencios...
La vida toma movimiento y
el blanco se oscurece de tinta.
Varios capítulos escritos,

nada concreto.

Se acaba el espacio,

termina la nada.

Todo por hacer, todo por descubrir.

El último pensamiento lleva

punto y final.”

Jazmín, cierra el libro y abre los ojos..... ha oscurecido, el bosque se torna en penumbra, reina el silencio más absoluto, no hay insectos ni pájaros aleteando, no hay aire. Le acompañan figuras y entre ellas está Lion. – ¡Todo ha terminado Jazmín, puedes quitarte la máscara, no hay regreso. Tengo tu alma.

Los pensamientos se atropellan y se agolpan en la mente de Jazmín. Pronto comprende....dejó la máscara de su cuerpo a un lado.

EL GRAN TRUCO

Pedro Antonio González Caraballo

Es difícil concentrarse cuando el pasajero del asiento trasero del taxi te presiona la nuca con el cañón de una nueve milímetros. No puedes perder los nervios, porque si lo haces todo saldrá mal. Es igual que cuando un mago se dispone a atravesar un ataúd multicolor con sus cinco sables de acero plateado, mientras una *conejita*, con el tronco dentro del ataúd sonríe al público con cara de “que-bello-es-vivir”.

Siempre he sido un apasionado de los magos. Son capaces de hacer desaparecer cualquier cosa ante tus propias narices. Tamariz es mi preferido, un tipo flacucho y desgarbado, de melena rala y rizada que cae desde los bordes de la chistera, y unas gafas de culo de vaso por si lo anterior no hubiese bastado para catalogarlo como el hombre más feo del mundo. Sus números de magia nos dejan a todos con cara de gilipollas mientras él se emociona tocando un violín imaginario. Un naipe que debe aparecer en el bolsillo de un incrédulo voluntario, aparece por arte de magia en otro bolsillo imposible; TACHAN, un aplauso para el mago. Yo siempre quise ser mago, como Tamariz, pero en el colegio ya se sabe, te cuentan la vida como les conviene para que seas médico, abogado, o electricista, y ahí te quedas. No soy mago como él, pero al menos sí que soy bastante feo. Sin chistera y sin conejos.

Estudié económicas, estaba bien remunerado y había puestos de trabajo por donde quisieras. Me coloqué en un banco de negocios. Un chiringuito financiero con clase. No había logrado convertirme en mago pero aquel trabajo era algo parecido. Las matemáticas financieras son un magnífico instrumento para hacer toda clase de trucos. Puedes convertir los números en otros con solo pulsar el botón de la calculadora. Nuestra ocupación era dejar boquiabiertos a todos nuestros clientes con fórmulas financieras ininteligibles que multiplicaban el dinero por cinco o por seis, según el mercado. De todas aquellas ganancias el banco se llevaba un buen pico, y con ello pagaba, entre otras cosas, mi suculento sueldo por objetivos. Cada viernes, después de una semana de éxito con espectaculares ganancias y los objetivos cubiertos al 150 por ciento, me reunía con los compañeros en el Irlandés de la esquina y arrasábamos las existencias de *Guinness*. Más de una vez conseguí trajinarme alguna conejita distraída con mis trucos de naipes, aunque la conquista no llegaba más allá del sábado por la mañana, cuando se me había disipado la purpurina.

Una semana antes del caos me ascendieron a jefe de equipo. No fue por causa de ningún truco, lo logré con sacrificado esfuerzo y saliendo de la oficina a la hora de los basureros. El nuevo puesto me otorgaba un aumento considerable en mis remuneraciones. Mis jefes dijeron que más que confianza, yo transmitía fe, como las manos hábiles de cualquier prestidigitador. Gracias al aumento me hipotecué en un apartamento con vistas, un audi A3 diesel con 140 CV financiado a 60 meses, un Ipod de 40 GB y una novia feucha y displicente que creía en mí sobre todas las cosas.

Ocurrió un lunes, los mejores trucos suceden en el momento más inesperado, cuando el espectador está en la inopia. Los dueños del Banco lo sabían. Aún recuerdo las caras exaltadas y deformes de los clientes, aplastadas sobre las transparentes lunas de la oficina. Veinte mil clientes y doscientos cincuenta y tres empleados con la boca abierta y la baba rebosante, fueron testigos del espectáculo de magia más caro de su vida. Aquellas miradas me cruzaron como los sables de acero que cruzan un ataúd. El dinero de mis clientes se había volatilizado yendo a parar por arte de magia a otros bolsillos. ¡TACHAN! Un aplauso para el mago. Hasta yo mismo me había creído mis propios trucos invirtiendo todos mis ahorros en productos invisibles que ahora formaban parte de la estratosfera bancaria. En una mañana perdí mi empleo, mis ahorros y los amigos a los que estafé inconscientemente. El resto lo perdí más tarde. Fue cuestión de tiempo. El día que el banco embargó mi ático solo pude salvar un sable de acero utilizado por el gran Richiardi que había adquirido dos años antes en una subasta por internet.

Cuando se me acabó la rabia y la pasta, me enrolé en una empresa de taxis. Se conocía a gente y no había que afeitarse por las mañanas. Mucho trabajo, sí, pero cuando uno no tiene nada mejor que hacer no resulta sacrificado. Al menos el dinero que ganaba era mío y nadie iba a hacerlo desaparecer de la guantera, ni siquiera un toxicómano armado con una nueve milímetros.

Es sorprendente lo que da un taxi, sobretodo si duermes dentro y trabajas 16 horas diarias. Había conseguido ahorrar la entrada para un piso. Restaban dos semanas de curro para reunir el resto del principal que yo guardaba en la guantera del R-25. Nada de bancos, nada de trampas. Toda la pasta en billetes de 50 euros.

Rozaban las cinco de la mañana cuando se abrió de súbito la puerta trasera del taxi.

Yo trabajo de noche, se facturan suplementos y el consumo de gasolina es menor. —A Carlinda tío, carlinda tío— Lo repitió dos veces más como si tuviera un tic nervioso o algo así. Miré a través del espejo, estaba echado hacia atrás y la cara permanecía en la sombra. Olía a meado de tres días pero fue tan rápido que no me dio tiempo a echarlo —¿No puedes correr más, joder?— Apreté un poco el acelerador, no es bueno ponerse de malas con los colgados nocturnos, lo mejor es hacerles creer que haces caso. Cuando estaba saliendo de la autovía me gritó que me parase en la cuneta. El hijoputa sabía que nadie pararía a socorrer a otro en la cuneta de una autovía. Sentí un roce frío en la nuca, no había elección, puse el intermitente a la derecha y frené. — Saca toda la pasta tío.— Entonces le vi la cara a través del retrovisor. Tenía el pelo muy corto, como una pelusilla de gorrión y los ojos parecían pintados con un lápiz de ojos de color gris óxido. Hablaba nervioso, a golpes, como si no recordara las palabras y le salieran a borbotones. —¡Dame ya la pasta tío! — No quería problemas con esa chusma, otras veces me había pasado y todo se solucionaba con un par de billetes de veinte euros. Pero a este infeliz no le bastaron. —¡En la guantera cabrón, abre la guantera!

Deslicé el sable a través de la tapicería marrón de mi asiento. Un sencillo, pero resuelto movimiento hacia atrás y lo ensarté como un pinchito moruno. Lo último que vi fue su expresión de asombro y después la sangre como baba caer desde su boca.

Hacer desaparecer el cadáver no tuvo nada de glamour. Es bastante sencillo deshacerte de un muerto. Tan solo hay que colocarlo junto a otros y nadie sospechará, es un truco muy común. Lo más complicado fue encontrar la silicona para cerrar el nicho donde lo había empujado junto con el sable de Richiardi.

¡TACHAN! Un aplauso para el mago.

EL ARCA DEL TIEMPO
Marisa Mónica García (Argentina)

Deyanira bosteza sobre la sopa caliente. Por momentos cabecea. Teme quedarse dormida sobre ese montón de letras que flotan en el plato, quemarse la nariz, amoratarse los labios, el cutis que tanto cuida para él. Ha sido imposible conciliar el sueño durante la noche: el silencio de la casa, el rumor del mar y un ejército de pensamientos invadiendo su mente, el cuerpo, la cama. La oscuridad ha celebrado un conciliábulo feroz; el insomnio fue adquiriendo un perfil conocido, hasta que las primeras luces del alba la sorprendieron con el retrato del amado apretado contra uno de sus pezones. Presiente que ha dormido algún tiempo; recuerda un sueño que tenía la forma de una pregunta incandescente, la misma que acompañó el desvelo nocturno y zahiere esta mañana la esperanza de verlo llegar.

Hasta ahora ninguna pócima de la abuela le ha fallado. Todas las recetas que la vieja preparó han apuntado con certeza a capturarlo en cada una de sus partes sin que se diese cuenta. Así se fue apropiando de sus sonrisas, miradas, besos y abrazos hasta llegar a revertir aquel pasado de hombre casado y con hijos, hasta lograr que posase los ojos en aquella que el año anterior era sólo la nieta esmirriada del pescador vitalicio de la isla.

¿Por qué no abuela? ¿Por qué no esta vez? Abuela, le había dicho desde el principio, sin daño abuela; igual que con el abuelo, que pesca y pesca para usted y le trae flores en cada regreso; La vieja me escuchó, se portó la vieja, me alivió, me salvó de la explosión. Porque no bastaba hamacarme en mi cama todas las noches pensando en él hasta ahogar el gemido final sobre la almohada. ¿Estás allí Dimas? ¿Por qué no esta vez? Dimas, ¿eres tú?

¿Por qué no esta vez abuela? No puedo seguir así. Bramar sola es como tratar de caminar con una pierna, es... Sin daño abuela. Dimas, ¿eres tú? ¿D...

¡Ahhhhhhhhh! Otro cabeceo más y se quema el rostro, aunque a juzgar por las caras de los viejos presiente que el líquido ya debe estar helado. La abuela retira el plato hondo y la increpa con sus ojos serpentarios. Vuelca con ímpetu el contenido en la olla y revuelve con la cuchara. Nunca para de elucubrar la vieja. Nada le es gratuito y Deyanira está tan rara hace unos días. Cuando le devuelve la sopa caliente perfora a su nieta con una mirada cómplice, mientras el abuelo la observa arrobado como si la

estuviese descubriendo en ese instante, como si fuese la aldeana veinte añera que lo conquistó hace cincuenta años. Ni se da cuenta que la vieja, llevada por su fastidio, derramó parte del mejunje sobre el mantel. Pero Deyanira sabe qué precio tiene eso para ella. La va a empezar a acosar con un interrogatorio incómodo y la única pregunta que a ella le interesa responder es dónde está Dimas.

El abuelo se despide afectuosamente de la vieja y se marcha en busca de sus redes. Alguien grita el nombre de la abuela desde la cerca. Se trata de un timbre joven, con seguridad, el pedido de una receta. Pero éste será rechazado. La vieja tiene toda la energía puesta en la fiesta.

Deyanira se pregunta de dónde sacará fuerzas para enfrentar todo lo que queda por hacer. No es sólo la modorra que siente, producto de la mala noche; es esa debilidad con la que amaneció, esa laxitud que invade todos sus músculos. Trata de hacer un esfuerzo y dirige la cuchara hacia la sopa. De algún lado tendrá que obtener el vigor necesario. Esperar una pócima de la abuela sería inútil porque no receta nada en períodos importantes para el grupo familiar, una especie de cábala que la muchacha nunca alcanzó a entender. El sueño la vuelve acechar... La escena de la semana anterior se le aparece tan vívida que no sabe si la está recordando o le sucede otra vez.

¿Por qué recurriste a mí? ¿Acaso no sabes que tu abuela...? ¿Nunca te has preguntado porqué su hombre es el mejor marido del pueblo?-
Claro que lo sé. Pero ese no es asunto suyo. Se dice que sus recetas son tan efectivas como las de ella.-

Así es, a pesar de que me inicié de grande. No sé tanto, hay cosas que nunca logré hacer, pero en cambio aprendí a ser paciente; el tiempo tiene sus misterios y hay caminos que se encuentran de manera inesperada...

Erinia parece tener la intención de agregar otras palabras, pero frunce el ceño y promete la pócima definitiva, la que deberán beber ambos y hará que Dimas, dentro de cincuenta años, siga acariciando las manos sarmentosas de Deyanira como si fuesen pétalos. La muchacha siente una inusitada curiosidad ante esas frases enigmáticas. Luego se resigna. Todas las brujas son así.

Tengo que ir a ver a Erinia. ¿Dimas? ¡Usted me prometió fidelidad eterna y ni siquiera aparece en este día crucial! ¡Ay! No, no es el estómago, es la piel. Arde, arde, pero no me voy a sacar la blusa que me regalaste Dimas. Es la cábala a la que me aferro para que vuelvas. Abuela no me sacuda, ya empiezo a comer, ya. ¿Por qué me encorvo? No sé. Le tendría que haber pedido a usted. Esa mujer me estafó. Dimas no pasó anoche por mi lecho! ¿Dimas? Estás pálido. Veo un reproche en tus ojos. No puedo tocarlo. ¡Ay!

El rostro de Deyanira se desploma finalmente sobre las fauces del plato. La vieja corre hacia ella y es entonces cuando presiente que no se trata sólo de una noche desvelada. Descubre horrorizada las escaras en el cuello y en los brazos. ¡Deyanira! Piensa que esa muchacha tonta pudo haber tocado sus brebajes, pero no. Las cosas peligrosas están bien escondidas y nunca tuvo necesidad de usarlas. Al fin y al cabo, su único deseo fue que ese pescador de cutis recio y ojos azules dejara a su novia para entregarse por completo a ella. Después, una vez alcanzada la felicidad, lo suyo se convirtió casi en un apostolado, ayudando a las personas a aparejarse por siempre. Los daños, que los hicieran otros. Y los presentimientos que la acechan. No sabe si le preocupa más la tardanza del novio o el estado de su nieta.

Dimas. ¡Qué pálido estás! Vamos a preguntarle a Erinia. Debí sospecharlo. Está demasiado vieja. Me habrá dado el bebedizo equivocado, pero ya te vas a recomponer. ¿Qué? ¿Qué me saque la blusa? ¡Ay! Cómo me la voy a sacar Dimas, si me la regalaste para nuestra fiesta de compromiso. Abuela no me zamarree. Tuve una mala noche, pero ya me despierto. Dimas, no puedo sacarme esta prenda. Es un regalo tuyo. ¿Que yo también estoy pálida? ¿Que tu único propósito era que te fuera fiel aún en la vejez? Igual que yo Dimas, igual... Somos dos almas gemelas. ¿Qué hay que devolvérsela a Erinia? ¿Por qué todos me sacuden?

¡Deyanira! ¡Deyanira! La abuela empuja el cuerpo chamuscado de la muchacha que se desliza ahora por debajo de la mesa y da el estertor final. Alguien grita desde lejos el nombre de la vieja con desesperación. Habla de Dimas, de un cuerpo de hombre al rojo vivo encontrado al alba en la playa. La abuela se muerde los puños. Más allá, el humo que sale de la cabaña de Erinia parece decir: “Es cierto. Hay cosas que no aprendí a hacer. Nunca pude recuperarlo. Pero el tiempo, el tiempo tiene sus misterios y hay caminos que se encuentran de manera inesperada...”

LA MUJER DEL ESPEJO LLEVABA UN VESTIDO AZUL

Rodrigo Gil Gañán (España)

Su cádaver yacía en la acera de la 54, frente al Nairobi, en una noche oscura y lluviosa marcada por la fatalidad. Johnny había estado bebiendo hasta casi enloquecer, en compañía de un misterioso sujeto que había conocido horas antes de morir.

-Charlie, este whisky me está triturando el hígado. Ponme otra copa y a mi amigo Karl lo que quiera. Invita la casa -inquirió Johnny con los pocos reflejos que aún le mantenían erguido.

-Perdone, señor Santangelo, el club va a cerrar y no puedo servirle más –le espetó el barman.

-Pero qué mierda es esta, Charlie. Te he pedido una copa más, sólo una más. ¿Dónde están los músicos? ¿Dónde está la puta de mi mujer? ¿Dónde se han metido todos en esta jodida ciudad? –musitó tras un silencio.

Johnny salió como pudo del Jazz Club Nairobi, lugar donde los más ilustres hampones devoraban copas y señoritas a un ritmo frenético. Siempre era de los primeros en marchar pero aquella noche estaba abatido y casi cerró el local. Dejó atrás la barra y se dirigió hacia la puerta tambaleándose. Llovía a mares pero eso a Johnny no le importaba. En realidad nunca le importó. Fuera le esperaban dos disparos a bocajarro, secos y precisos. Cayó fulminado allí mismo y, como siempre, Murray –el del Herald- estaba allí con sus flashes antes de la llegada del cortejo oficial.

-Lo siento, Johnny, pero me has dado la portada de mañana- mascó el fotógrafo.

-Murray, lárgate, no te he visto por aquí esta noche –sentenció el agente Steven, de la Policía Federal.

-Gracias, Ted, nos vemos mañana en el Avenida, a las 3 y hablamos de lo nuestro –respondió Murray, que marchó presto a revelar el epílogo de Johnny.

Las últimas 24 horas en la vida de Giovanni Santangelo, alias Johnny, llegaron a tal grado de frenesí que el destino le había reservado dos balas del 39 para ser alojadas en alguna parte de su cerebro de chorlito. La noche anterior a su asesinato había

estado en el Monumental con su bella esposa Lisa viendo el nuevo espectáculo de magia del señor Karl Manhaussen, un ciudadano bávaro con más contradicciones que sus propios números de ilusionismo.

Johnny estaba nervioso. Horas antes había discutido acaloradamente con su amigo Paul, y se mostraba huidizo con Lisa. Le preguntó a Fred, un ilustre acomodador con 40 años de oficio, si le había visto en la sala.

-Disculpe, señor Santangelo, la persona a la que usted se refiere ha decidido finalmente no ocupar su asiento y ha salido apresuradamente –le contestó.

-Gracias, Fred -le dijo, despachándole con su habitual y generosísima propina.

A Johnny le inquietaba una mujer con un vestido azul acomodada en la última fila de los impares. Llevaba semanas encontrándosela hasta en sueños. No sabía su nombre, ni su procedencia, lo único que sabía es que se había convertido en su sombra. Y eso le incomodaba tanto como le atraía.

A la mañana siguiente, Johnny había sido citado en el despacho de Giancarlo Laseca, un súbdito de negocios inconfesables que tenía que pedirle cuentas a Santangelo por el feo asunto de un cadáver con las dos manos mutiladas encontrado en el río dos semanas antes.

-“¡El Herald, el Herald, ha salido el Herald!”, voceaba el chico del periódico antes de que Johnny se topara esa mañana con una portada que le dejó paralizado. Su amigo Paul y una prostituta, que en el barrio chino era conocida como Rossie, habían aparecido trozeados en un basurero.

Enseguida llamó a Lisa, de la que sospechó un abatimiento inusual. Cierto es que noticias de éstas no se dan todos los días, pero en su almuerzo juntos hablaron más los silencios que las palabras.

-No me has dicho nada en toda la comida, Lisa –le espetó Johnny.

-Mira, John, siento tener que decírtelo pero creo que lo nuestro murió hace tiempo. Espero que lo entiendas –dijo Lisa sin un ápice de arrepentimiento.

-Lo único que entiendo es que eres una zorra barata con un chulo que por fin descansa a cuatro metros bajo tierra –respondió un Johnny muy alterado.

-No, no voy a seguir con esto. Me marcho de la ciudad y Jimmy se viene conmigo – contraatacó Lisa.

-Me insultas a la cara y pretendes quitarme a mi hijo. ¡Antes te mataré, juro que te mataré, puta. Pagarás por ello! –se levantó Johnny con aires de vendetta.

Johnny se estaba dando un baño de ira cuando de repente, al otro lado de la calle, apareció, frente a él, la misteriosa mujer del vestido azul. Se apresuró a cruzar, pero ya no estaba. Creyó ver un reflejo, corrió hacia un callejón, y al fin pudo acorralar a la enigmática mujer. Llovía, pero en aquella calle oscura dos cuerpos mundanos y desconocidos se fundieron en uno solo.

Como en un *flashback*, a Johnny los recuerdos, los sucesos y las imágenes se le agolpaban en la cabeza y prefirió irse a dormir un rato. Despertó a media tarde, decidió arreglarse para ir al Nairobi en busca de nuevos negocios y, sobre todo, de una princesa a la que llevar a su turbio reino de póker y alcohol.

Johnny quiso dejar atrás sus demonios: las amenazas del sicario Laseca, los cuerpos mutilados de su amigo Paul y la amante ocasional, la ruptura con su infiel esposa Lisa, el fogoso encuentro con la mujer del vestido azul,...

En la noche en que iba a morir Johnny, el Nairobi estaba hasta los topes. Los Santangelo de Calabria –o los restos de familia que le quedaba a Johnny en Europa– habían venido a cerrar unos asuntos, igual que Gianncarlo Laseca y sus esbirros. Murray y los chicos de la prensa merodeaban fuera en busca de carnaza y hasta el mago de Bavaria, sir Manhausen, había sido invitado por el dueño del Club, Joe Santana, un ex boxeador venido a menos que en su día tuvo un affaire con Lisa.

La madrugada fue consumiéndose como una cerilla y ahí estaban los dos, en la barra, frente a frente, Johnny Santangelo y Karl Manhausen. Johnny se sinceró y Karl le invitó a su juego. Como buen mago, sacó todo su repertorio para llevar a Johnny a su terreno. Preparado como un cordero a punto de ser degollado, Johnny supo aquella

noche que Lisa era una coleccionista de amantes: Paul, Murray, Gianncarlo,... y el último el propio Karl.

Enfurecido hasta el extremo, Johnny tuvo arrestos etílicos para salir por aquella puerta del Nairobi en busca de venganza.

No hizo falta. Ahí fuera estaba Lisa, apuntándole con el cañón de su pistola. Johnny no pudo ni siquiera llamarla por su nombre. No tuvo tiempo. Con sus manos manchadas de sangre, de la sangre de Johnny, Lisa dejó caer el agua de la lluvia sobre su delicado cutis. Al fondo de la calle retumbaba el ruido de las sirenas de la policía. Lisa se levantó y entró con premura en el local. Allí encontró un espejo, un enorme óvalo que retrataba el macabro plan. Esa noche llevaba puesto un vestido, un vestido de color azul.

Autora

La escritora madrileña **Victoria Escolar Polo** es la ganadora del **III Certamen internacional de relatos breves "La cerilla mágica"** que convoca Publicatuslibros.com y que está patrocinado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Este año 2008, la convocatoria tenía como tema central: la magia.

La obra ganadora "**Primera fila**" ha sido la que ha cosechado los elogios del jurado integrado por las escritoras **Pilar Moreno Wallace, Rosa M. Arroyo; Lola Romero** (Cadena SER Jaén) y **Celeste Ortega**, directora de la revista cultural **Comunicando**.

En [esta tercera convocatoria](#) se han recibido un total de **606 obras** provenientes de **25 países** diferentes del Mundo.

La ganadora obtiene un premio de 1.000 euros en metálico, así como la posibilidad de editar en exclusiva una obra en Publicatuslibros.com.

Los nueve finalistas y la ganadora, ven así mismo publicados todos sus relatos en este libro digital.

